

ANÁLISIS Y CRÍTICA DEL CAPITALISMO

Leo Huberman

Leo Huberman:

1903-1968. Escritor político norteamericano. Estudió economía en Londres, ciencias en Nueva York, ejerció como profesor y editor. Columnista en la revista U.S. Week. En 1949 fundó y coeditó la revista Monthly Review con Paul Sweezy.

Su obra más importante es, sin duda,
Los bienes terrenales del hombre.

Omegalfa
Biblioteca Libre

Procedencia del texto:

Introducción al Socialismo, por Leo Huberman y Paul M. Sweezy, Capítulo I, *El ABC del Socialismo*, por Leo Huberman, pág. 17 a 37, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1976.

Digitalizado y Maquetado

Omegalfa
Biblioteca Libre

Leo Huberman

ANÁLISIS Y CRÍTICA DEL CAPITALISMO

Primera Parte: Análisis del capitalismo

1. Lucha de clases

Con independencia de que sean ricos o pobres, fuertes o débiles, blancos, negros, amarillos o mestizos, todo el mundo debe producir y distribuirse las cosas que necesita para garantizar su vida.

El sistema de producción y distribución vigente en los Estados Unidos se denomina capitalismo. En la mayor parte de los países del mundo rige el mismo sistema.

Para producir y distribuir los alimentos, los vestidos, la vivienda, los automóviles, los aparatos de radio, los periódicos, las medicinas, las escuelas, esto, aquello y lo de más allá, se requieren dos medios esenciales:

- a-. Tierras, minas, materias primas, maquinaria, fábricas...*
es decir, lo que los economistas denominan “medios de producción”.

b-. *Fuerza de trabajo, o sea, trabajadores* que empleen su fuerza y su destreza sobre los medios de producción a fin de obtener los bienes que se necesitan.

En los Estados Unidos, al igual que en los demás países capitalistas, los medios de producción no son de propiedad pública. La tierra, las materias primas, las fábricas, la maquinaria, pertenecen a individuos particulares, a los capitalistas.

Es éste un hecho que reviste una importancia tremenda, ya que el poseer o no poseer los medios de producción determina la posición de cada uno en la sociedad. Si se pertenece al pequeño grupo de propietarios de los medios de producción -la clase capitalista- se puede vivir sin trabajar. Si, por el contrario, se pertenece al amplio grupo que no posee los medios de producción -la clase trabajadora- se ha de trabajar necesariamente para vivir.

Una clase vive de la propiedad; la otra clase vive de su trabajo. La clase capitalista consigue sus ingresos empleando a otros que trabajan para ella; la clase trabajadora obtiene sus ingresos en forma de salarios mediante el trabajo que realiza para el capitalista.

Dado que el trabajo es esencial en orden a producir los bienes que necesitamos para garantizar nuestra existencia, lo lógico sería que aquellos que realizan el trabajo -la clase trabajadora- se viesen ampliamente recompensados. Y, sin embargo, no ocurre así. En la sociedad capitalista los trabajadores no son los que más *poseen*.

El *beneficio* constituye el mecanismo que hace funcionar la sociedad capitalista. El hombre de negocios inteligente es aquel que paga el mínimo posible por lo que adquiere y recibe el máximo posible por lo que vende. El primer paso en el camino de los grandes beneficios consiste en reducir los gastos. Uno de los gastos de la producción es el salario que se paga a los traba-

jadores. Por ello, el capitalista está interesado en pagar los salarios más bajos posibles. Y, de idéntica forma, está interesado, asimismo, en obtener la mayor cantidad de trabajo posible de los trabajadores que de él dependen.

Los intereses de los propietarios de los medios de producción, y los de los hombres que trabajan para ellos, están en contradicción. Para los capitalistas, la propiedad ocupa el primer lugar y la humanidad el segundo; para los trabajadores, la humanidad -ellos mismos- ocupa el primer lugar, y la propiedad el segundo. Ésta es la razón por la que en la sociedad capitalista existe siempre conflicto entre las dos clases.

Ambos bandos de la lucha de clases actúan de la forma en que actúan porque no tienen más remedio que hacerlo así. El capitalista debe intentar conseguir beneficios para seguir siendo un capitalista. El trabajador debe intentar obtener salarios decentes para seguir viviendo. Cada uno de ellos puede triunfar, exclusivamente, a costa del otro.

Toda la palabrería existente acerca de la “armonía” entre capital y trabajo es un puro disparate. En la sociedad capitalista no puede haber tal armonía porque lo que es bueno para una clase es malo para la otra, y viceversa.

Por lo tanto, la relación que *debe* existir en la sociedad capitalista entre los propietarios de los medios de producción y los trabajadores es la misma que existe entre el bisturí y el cáncer.

2. Plusvalía

En la sociedad capitalista, el hombre no produce lo que necesita para satisfacer sus propias exigencias, sino que produce bienes cuyo objeto es ser vendido a otros. Si antiguamente la gente producía *bienes para su propio uso*, hoy día produce *artículos para el mercado* es decir, *mercancías*.

El trabajador no posee los medios de producción. Sólo puede hacer frente a la vida de una forma: vendiéndose a cambio de un salario a aquellos que sí los poseen. Acude al mercado de trabajo con la única mercancía que puede ofrecer: su capacidad para trabajar, su fuerza de trabajo. Es esto lo que el empresario le compra. Es esto lo que el empresario adquiere de él a cambio del salario. El trabajador vende al capitalista su mercancía, la fuerza de trabajo, recibiendo como compensación el salario.

¿Qué cantidad de salario percibe? ¿Qué es lo que determina el importe de su salario?

La clave de la respuesta se basa en el hecho de que todo cuanto puede ofrecer el trabajador es una mercancía. El valor de su fuerza de trabajo, como el de cualquier otra mercancía, viene determinado por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla. Pero, como la fuerza de trabajo del obrero forma parte consustancial de sí mismo, su valor equivale al de los alimentos, vestidos y vivienda necesarios para hacer frente a su existencia y -puesto que la oferta de fuerza de trabajo disponible ha de perpetuarse- mantener una familia.

En otras palabras, si el propietario de una fábrica, taller o mina necesita que trabajen para él cuarenta horas, debe pagar a quien ha de hacerlo lo suficiente para que pueda seguir viviendo y para poder mantener unos hijos capaces de sustituirle cuando haya muerto o cuando sea demasiado viejo para trabajar.

De esta forma, los trabajadores reciben, a cambio de su fuerza de trabajo, un salario de subsistencias y -en algunos países- un exceso por encima del mismo para poder adquirir una radio, un refrigerador o para poder asistir a algún espectáculo de vez en cuando.

¿Significa esta ley económica —el que *los salarios de los trabajadores tienden a mantenerse a un nivel de pura subsisten-*

cia- que es inútil todo tipo de acción sindical y reivindicativa? No, de ninguna manera. Por el contrario, los trabajadores, a través de este tipo de acción, han conseguido en muchos países -incluido los Estados Unidos- elevar los salarios por encima del nivel mínimo de subsistencia. E incluso es importante tener en cuenta que es éste el único camino asequible a los trabajadores para evitar que dicha ley económica actúe de forma constante.

¿De dónde procede el beneficio?

La respuesta no la encontraremos en el proceso de intercambio o distribución de las mercancías, sino, por el contrario, en el proceso de producción. Los beneficios que afluyen a la clase capitalista se originan en la producción.

Los trabajadores, al transformar las materias primas en productos determinados, dan lugar a una nueva riqueza, crean un nuevo valor. La diferencia entre lo que el trabajador percibe en salarios y el nuevo valor que ha incorporado a las materias primas mediante su trabajo es lo que se reserva para sí el empresario. De ahí es de donde procede el beneficio.

Cuando un trabajador vende su fuerza de trabajo a un empresario, no le vende lo que produce, sino su capacidad para producir.

El trabajador vende su fuerza de trabajo por la duración de toda la jornada laboral, es decir, por ocho horas en este caso. Supongamos que el tiempo necesario para producir el valor del salario que percibe es de cuatro horas. Llegado este momento, no abandona el trabajo para volver a su casa. Ah, no! Ha sido contratado para trabajar ocho horas y, por lo tanto, le quedan otras cuatro horas de trabajo. Durante estas cuatro horas ya no trabaja *para él*, sino *para el empresario*. Parte de su trabajo es

un trabajo *retribuido*; el resto es un trabajo *no retribuido*. El beneficio del empresario procede de este trabajo no retribuido.

Debe existir una diferencia entre lo que se le paga al trabajador y el valor de lo que produce, ya que, de otra forma, el empresario no tendría interés en contratarle. La diferencia entre lo que percibe el trabajador en forma de salario y el valor de la mercancía que produce recibe la denominación de *plusvalía*.

La plusvalía es el beneficio que va a parar al empresario. Éste adquiere fuerza de trabajo a un precio y vende el producto obtenido mediante dicho trabajo a un precio superior. La diferencia -plusvalía- se la reserva para sí.

3. Acumulación de capital

El capitalista empieza con dinero. Con él adquiere los medios de producción y la fuerza de trabajo. Los trabajadores, al aplicar su fuerza de trabajo a los medios de producción, producen mercancías. El capitalista toma dichas mercancías y las vende, recibiendo a cambio dinero. La cantidad de dinero que obtiene al final del proceso ha de ser superior a la que tenía al comienzo del mismo. La diferencia entre una y otra constituye su beneficio.

Cuando la cantidad de dinero que obtiene al final del proceso no es mayor que la que tenía al comienzo del mismo, no obtiene ningún beneficio y, en tal caso, deja de producir. La producción capitalista no se origina ni termina en virtud de las necesidades de la gente. Se origina y termina por dinero.

El dinero no puede crear más dinero permaneciendo inmóvil o escondido debajo de un ladrillo. Sólo puede aumentar si se le utiliza como capital, es decir, adquiriendo medios de producción y fuerza de trabajo, y, con ello, obteniendo una parte de la nueva

riqueza creada por los trabajadores cada año, cada día, cada hora.

Se trata de un auténtico tiovivo de verbena. El capitalista intenta obtener beneficios cada vez mayores a fin de poder acumular cada vez más capital -medios de producción y fuerza de trabajo- a fin de poder conseguir beneficios cada vez mayores, a fin de poder acumular cada vez más capital, a fin de etc., etc., etc.

Y la forma de aumentar los beneficios es conseguir que los trabajadores produzcan bienes cada vez más rápidamente y a un precio cada vez más reducido.

No está mal la idea, pero ¿cómo lograrlo? La respuesta está en la mecanización y en la organización científica. Mayor división del trabajo. Producción masiva. Ritmos infernales de producción. Mayores rendimientos. Más maquinaria. Máquinas automáticas que hacen posible que un obrero produzca lo que antes obtenían cinco, lo que antes obtenían diez, dieciocho, veintisiete...

Los obreros a los que la nueva maquinaria convierte en «superfluos» constituye un «ejército industrial de reserva –los parados- que a duras penas puede sobrevivir o que, con su mera existencia, presiona hacia abajo los salarios de quienes tienen la suerte de disponer de un empleo.

Pero la nueva maquinaria no se limita a crear una población excedente de trabajadores, sino que, además, modifica el carácter del trabajo mismo. Obreros no cualificados, simples peones, pueden -gracias a las nuevas máquinas ejecutar el mismo trabajo que antes exigía una mano de obra altamente especializada y bien remunerada. Los niños pueden ocupar el lugar de los adultos en la fábrica; las mujeres pueden sustituir a los hombres.

La competencia obliga a cada capitalista a buscar la forma de producir más barato que los demás. Cuanto más reducido sea su «coste por unidad de mano de obra», más fácil le será vender a un precio inferior al de sus competidores sin dejar de obtener beneficios. Mediante la extensión y el uso de la maquinaria, el capitalista puede conseguir que los trabajadores produzcan cada vez más bienes a una velocidad cada vez mayor y a un coste cada vez menor.

Pero la moderna maquinaria que hace posible todo esto supone un alto precio. Significa una producción a mayor escala que antes, significa fábricas cada vez mayores. En otras palabras, significa una acumulación cada vez mayor de capital.

No hay opción posible para el capitalista. Los mayores beneficios van a parar a quienes utilizan los procedimientos técnicos más avanzados y productivos. Por ello, todos los capitalistas luchan denodadamente por introducir constantes mejoras. Pero tales mejoras requieren cada vez más capital. Para mantener su puesto en el mundo de la producción, para hacer frente a la competencia de los demás y conservar lo que tiene, el capitalista ha de esforzarse constantemente por ampliar su capital.

Ya no se trata sólo de que *desee* obtener mayores beneficios a fin de acumular más capital y, de esta forma, aumentar de nuevo sus beneficios, sino que el propio sistema le obliga objetivamente a ello.

4. Monopolio

Uno de los mayores mitos que se han inculcado al pueblo norteamericano en toda su historia es la afirmación, repetida sin tregua ni descanso, de que nuestro sistema económico es el de la «libre empresa privada».

Esto es absolutamente falso. Sólo *una parte* de nuestro sistema económico es competitivo, libre e individualista. El resto -lo que constituye, con gran diferencia, la parte más importante- es precisamente todo lo contrario: monopolizado, controlado y colectivo.

En términos de pura teoría, la competencia era algo saludable. Pero los capitalistas descubrieron que la práctica no encajaba bien con la teoría. Se dieron cuenta de que la competencia reducía los beneficios, mientras que los acuerdos entre empresas los aumentaban. Y, puesto que lo que les interesaba eran los beneficios, ¿para qué mantener la competencia? Más valía, por el contrario -según su punto de vista-, llegar a tales acuerdos.

Y esto fue, ni más ni menos, lo que hicieron en las industrias del petróleo, del azúcar, del whisky, del hierro, del acero, del carbón y de un sinnúmero de otros productos.

La «libre empresa competitiva» ya estaba en camino de liquidación hacia 1875. En 1888, *los trusts y monopolios* atenazaban de tal forma la vida económica norteamericana que el presidente Grover Cleveland juzgó necesario hacer la siguiente llamada de advertencia al Congreso: “Al examinar los resultados de las fusiones de capital, descubrimos la existencia de *trusts*, acuerdos y monopolios, mientras que al ciudadano se le considera totalmente al margen o se le pisotea con una bota de hierro. Las grandes sociedades, que deberían estar sometidas a una cuidadosa legislación que las limitase y las sometiese al servicio del pueblo, se están convirtiendo rápidamente en amos y señores del pueblo”.

Gracias al maridaje del capital industrial y financiero, algunas sociedades pudieron expansionarse hasta tal extremo que, hoy día, en determinadas industrias, un puñado de empresas -en el sentido literal de la expresión- aporta más de la mitad -e in-

cluso casi la totalidad- de la producción de la rama en cuestión. Es evidente que en tales industrias el «sistema tradicional norteamericano de libre empresa competitiva» carece totalmente de vigencia. En su lugar se levanta una gigantesca concentración de poder económico en unas pocas manos, es decir, el monopolio.

A continuación figuran algunos ejemplos específicos extraídos del informe del Comité de la Cámara de Representantes para la Pequeña Empresa, redactado en 1945 bajo el título de *Los Estados Unidos frente a la concentración económica y el monopolio*:

-General Motors, Chrysler y Ford producen, conjuntamente, nueve de cada diez automóviles fabricados en los Estados Unidos.

-En 1934, las «cuatro grandes» compañías de tabaco American Tobacco Company, R. J. Reynolds, Liggett & Myers y P. Lorillard- «produjeron el 84 por ciento de los cigarrillos, el 74 por ciento del tabaco suelto y el 70 por ciento del tabaco de mascar».

-Antes de la guerra, las tres mayores compañías de la industria del jabón -Proctor & Gamble, Lever Bros. y Colgate-Palmolive-Peet Co.- controlaban el 80 por ciento del negocio. Un 10 por ciento correspondía a otras tres compañías, y el 10 por ciento restante estaba distribuido entre un número aproximado de unos 1.200 fabricantes de jabón.

-Entre dos compañías -Libby-Owens-Ford y Pittsburgh Plate Glass Co.- produjeron conjuntamente el 95 por ciento de la totalidad de la vajilla de cristal fabricada en todo el país.

La United States Shoe Machinery Co. controla más del 95 por ciento de la totalidad del negocio de maquinaria para fabricación de zapatos en los Estados Unidos.

No es difícil sacar la conclusión de que, con un dominio tan extenso, los monopolios capitalistas están perfectamente en condiciones de fijar los precios. Y, efectivamente, así lo hacen. Los fijan al nivel en que pueden obtener los mayores beneficios. Los fijan mediante acuerdos entre ellos mismos; o mediante el procedimiento de que la compañía más fuerte sea la que establezca el precio, y el resto de la industria juegue el papel de «dejarse llevar»; o bien, como ocurre frecuentemente, a través del control de las patentes fundamentales y la concesión de licencias únicamente a aquellos que aceptan seguir el juego.

El monopolio permite a los monopolistas llevar a cabo su objetivo básico: conseguir unos beneficios fabulosos. Las industrias competitivas logran beneficios en las épocas buenas y arrojan *déficit* en las malas. Pero para las industrias monopolísticas el modelo es bien diferente: obtienen unos beneficios fabulosos en las épocas buenas y unos beneficios algo más reducidos en las malas.

La agitación que se inició en el último cuarto del siglo XIX contra el poderío de los monopolios y sus enormes beneficios ha proseguido durante el presente siglo. Pero, aunque mucho se ha dicho acerca de esta «plaga creciente, poco se ha hecho en relación con ella. Y tanto la Comisión Federal para Asuntos Económicos como el Departamento Anti-trusts del Ministerio de Justicia, cuando han tenido el deseo de hacer algo, no han podido disponer ni de los medios ni del apoyo necesario para llevarlo a cabo.

En realidad, muy poco podía hacerse. Cuando, en 1911, se procedió a «disolver» la Standard Oil Company, J. P. Morgan hizo, según cuentan, este acertado comentario: «No hay ley en el mundo que pueda obligar a un hombre a hacerse la competencia

a sí mismo». Los acontecimientos que tuvieron lugar posteriormente demostraron que Morgan había dado en el clavo. En 1935, la situación podía resumirse de la siguiente manera:

-El uno por mil del conjunto de sociedades existentes en los Estados Unidos era propietario del 52 por ciento de los recursos de la totalidad de las mismas.

-El uno por mil del conjunto de sociedades percibió el 50 por ciento de los ingresos de la totalidad de ellas.

-Menos del 4 por ciento de las sociedades industriales percibieron el 84 por ciento de los beneficios netos de la totalidad.

«Sería difícil encontrar un mecanismo más perfecto para conseguir que el pobre sea cada vez más pobre, y el rico cada vez más rico.»

Esta es la opinión que, según el informe del T.N.E.C., merece el monopolio. Como prueba de ello, dicho informe señala los efectos del monopolio sobre los trabajadores, los productores de bienes de consumo, los consumidores y los accionistas.

Los trabajadores son cada vez más pobres en virtud de «el fracaso, por parte del monopolista, en pagar salarios equivalentes a su productividad».

Los consumidores son cada vez más pobres a causa de «los elevados precios que imponen los monopolistas».

Los accionistas, por el contrario, son cada vez más ricos en razón de «los beneficios injustificadamente elevados que obtienen los monopolistas».

Cada vez que se esgrime la acusación de que existe una peligrosa concentración de poder y riqueza en manos de unos pocos, los apologistas de la gran industria niegan que el panorama sea tan tenebroso como algunos lo pintan. Dichos apologistas afirman que, incluso cuando se producen beneficios injustifica-

damente elevados, tales beneficios se distribuyen entre millones de personas y no entre un pequeño grupo. Sostienen que existe una amplia distribución de la propiedad de las acciones, y que no sólo unos cuantos potentados, sino millones de ciudadanos corrientes, son accionistas de las gigantescas sociedades monopolistas. Es éste un argumento persuasivo que contribuye a confundir a mucha gente.

Sin embargo, el argumento de que «el pueblo» es propietario de la industria norteamericana es una auténtica farsa. Es posible que el número de accionistas de una compañía cualquiera sea, efectivamente, bastante amplio. Pero ello carece de relevancia. Lo que importa, en definitiva, es saber *qué número de ellos posee cada parte y a cuánto asciende ésta*. Lo que importa es cómo se distribuyen los beneficios entre los accionistas. Y, desde el momento en que se obtiene este dato, queda demostrado automáticamente que «el pueblo» en conjunto posee una parte microscópica de la industria norteamericana, mientras que un puñado de grandes potentados es propietario de la mayor parte de ella, con la que amasa unos beneficios colosales.

Los datos más impresionantes y más fácilmente comprensibles a este respecto son los presentados por el presidente Roosevelt ante el Congreso en 1938:

El año 1929 fue el más favorable en la distribución de la propiedad de las acciones. Y, a pesar de ello, en dicho año, el 0,3 por ciento de la población de nuestro país percibió el 78 por ciento de los dividendos declarados. Ello viene a tener el mismo efecto que si, de cada 300 personas de la población de nuestro país, una sola de ellas recibiese 78 centavos de cada dólar obtenido como beneficio de las sociedades, mientras que las otras 299 tuviesen que repartirse entre sí los 22 centavos restantes.

Una imagen fidedigna de la situación fue la presentada al Congreso, en 1941, por el senador O'Mahoney en el *Informe y Recomendaciones Finales del Comité Nacional Provisional para Asuntos Económicos*, del que era presidente: «Sabemos que la mayor parte de la riqueza y de los ingresos del país está en manos de un número limitado de grandes sociedades; que tales sociedades, a su vez, están en manos de un número infinitamente pequeño de personas; y que los beneficios procedentes de la actividad de dichas sociedades van a parar a un grupo reducidísimo».

5. Distribución de la renta

No es cierto que los norteamericanos vivamos bien. La verdad es que, mientras unos pocos compatriotas afortunados viven con todo lujo, *la mayor parte* de los norteamericanos viven miserablemente. La verdad es que «nuestro elevado nivel de vida» no es más que una jactancia que carece de fundamento, ya que no afecta a la mayoría de nuestro pueblo.

El presidente Roosevelt contribuyó a desvelar la maraña de falsedades existente en torno a nuestro elevado nivel de vida, cuando afirmó en su segundo mensaje inaugural: «Contemplo a una tercera parte del país mal vestida, mal alimentada y con malas condiciones de vivienda».

En los Estados Unidos, como en todos los demás países capitalistas, ha tenido lugar, a lo largo de los años, un continuo aumento en la cantidad de bienes y servicios producidos y se ha puesto a disposición de la gente una corriente sin fin de comodidades y de lujos increíbles.

Sin embargo, la facultad de disponer de esta enorme profusión de bienes viene dada, en buena medida, no por las necesidades del pueblo, sino por su capacidad para pagarlas. Y, a este

respecto, la proporción de la renta nacional que va a parar a la mayor parte de los norteamericanos es demasiado pequeña como para permitirles adquirir los bienes que les proporcionarían una vida más agradable y satisfactoria.

Las estadísticas oficiales vienen a confirmar este punto. A continuación figura, como ejemplo, un cuadro de la distribución de la renta por familias para los Estados Unidos en 1966, publicado por la Oficina del Censo en *Informe sobre la Población Actual* (Serie P-60, núm. 53, 1967, p. 1).

Total de ingresos Familiares (dólares)	Número de familias
Menos de 1.000	1.149.000
De 1.000 a 1.999	2.635.000
De 2.000 a 2.999	3.197.000
De 3.000 a 3.999	3.341.000
De 4.000 a 4.999	3.474.000
De 5.000 a 5.999	4.108.000
De 6.000 a 6.999	4.574.000
De 7.000 a 7.999	4.542.000
De 8.000 a 8.999	7.408.000
De 10.000 a 14.999	10.008.000
15.000 o más	4.486.000

Según puede observarse, 10.322.000 familias, es decir, más del 21 por ciento del total, tenían, en 1966, unos ingresos... ¡inferiores a 3.999 dólares al año! Ello significa que *una de cada cinco familias de los Estados Unidos disponía de menos de 80*

dólares por semana para comer, vestirse y divertirse. Y ya se sabe lo lejos que puede llegar una familia que gana 80 dólares a la semana con los precios vigentes en 1966.

Pero no es necesario hacer conjeturas. El hecho de que existe un gran número de personas sumidas en una pobreza desesperante en la «opulenta» Norteamérica de nuestros días fue puesto de manifiesto por el propio presidente Johnson en su mensaje al Congreso de la primavera de 1967, en el que aportó los datos siguientes: 1) el 60 por ciento de los niños pobres -es decir, tres de cada cinco- no ha sido atendido nunca por un dentista en la opulenta Norteamérica; 2) el 60 por ciento de los niños pobres impedidos no recibe asistencia médica en la opulenta Norteamérica; 3) durante su primer año de vida, la tasa de defunción de niños pobres es un 50 por ciento más elevado que la de los que no lo son, en la opulenta Norteamérica.

Mientras muchos norteamericanos no ganan el dinero suficiente para vivir decentemente, las capas superiores reciben mucho más de lo necesario. Según los *Informes sobre la Población Actual* (p. 7) de la Oficina del Censo, en 1966, el 20 por ciento de las familias situadas en la parte superior de la escala de ingresos percibió el 40,7 por ciento de los ingresos totales de todas las familias del país, mientras que el 40 por ciento de las familias incluidas en la parte inferior de dicha escala sólo percibió el 35,5 por ciento; es decir, la quinta parte perteneciente al estrato superior percibió mayores ingresos que las tres quintas partes pertenecientes a los estratos inferiores. Teniendo esto en cuenta, ¿no sería lógico que los más ricos situados en la parte superior de la escala pagasen unos impuestos mucho mayores, de forma que viesan reducidas de forma ostensible sus rentas? Esto es lo que ellos mismos dicen que ocurre, pero no es cierto.

Al menos eso es lo que se desprende de un artículo del senador Gore, de Tennessee, publicado en *The New York Times Magazine* del 11 de abril de 1965. En dicho artículo, titulado «Cómo hacerse rico sin pagar impuestos, el citado senador afirma: «... Ahora, cuando los partidarios de una reforma fiscal traen a colación ejemplos de este tipo, mucha gente los rechaza por no considerarlos "representativos", ya que siguen creyendo que contamos con un sistema fiscal progresivo, basado en la capacidad de pago. Sin embargo, la verdad es que el contribuyente típico o «representativos entre los que perciben unos ingresos de un millón de dólares o más al año paga generalmente como impuestos un porcentaje más reducido de sus ingresos que algunos obreros industriales o que algunos maestros.

Es cierto que, en relación con los habitantes de la mayor parte de otros países, nuestro pueblo, en conjunto, disfruta de un nivel de vida más elevado. Pero ello no quiere decir que seamos más pudientes que los demás, sino que los demás son todavía menos pudientes que nosotros. No significa, ni mucho menos, lo que los propagandistas pretenden hacernos creer cuando hablan del «elevado nivel de vida» norteamericano.

6. Crisis y depresión

Los hechos mencionados en relación con la distribución -o, para ser más exactos, la mala distribución- de la renta revelan la debilidad básica del sistema capitalista en su aspecto económico.

Los ingresos de las masas populares son generalmente demasiado reducidos como para poder consumir íntegro el producto de la industria.

Por el contrario, los ingresos de los ricos son generalmente demasiado elevados como para ser invertidos ventajosamente en un mercado tan limitado por la pobreza de la mayoría.

La mayor parte de la población, aun teniendo deseos de comprar, no dispone de dinero para hacerlo. Los pocos que lo tienen, poseen tanto que no les es posible gastarlo en su totalidad.

La expansión de la industria ha dado un salto vertiginoso; la expansión del poder adquisitivo del consumidor se ha arrastrado a paso de tortuga.

El problema de la producción masiva está resuelto; el problema de la venta masiva de los bienes producidos no está resuelto.

Los bienes producidos tendrían salida si se partiese de las necesidades de los trabajadores; no la tienen, en cambio, si se parte de su capacidad para pagar los bienes que necesitan.

El resultado es toda esa serie de colapsos periódicos del sistema que se conocen con el nombre de crisis y depresión.

Para conseguir beneficios, el capitalista debe pagar lo menos posible a sus obreros.

Para vender sus productos, el capitalista debe pagar lo más posible a sus obreros.

No puede hacer ambas cosas al mismo tiempo. Los bajos salarios hacen posibles los elevados beneficios, pero, al mismo tiempo hacen imposibles tales beneficios, ya que reducen la demanda de bienes. Contradicción insoluble.

Dentro de la estructura del sistema capitalista no hay salida posible. *Las depresiones son necesarias.*

Tras la crisis de 1929, parecía como si los Estados Unidos hubiesen dejado atrás para siempre el período en que el capitalismo era todavía capaz de expansionarse. El principal problema al que habían de enfrentarse en lo sucesivo no era el de generar

la expansión, sino el de reducir la contracción al mínimo posible.

La gente quería trabajo, pero sus posibilidades de conseguirlo eran muy reducidas. En opinión de J. M. Keynes, el célebre economista inglés, «la experiencia demuestra que el pleno empleo, e incluso un nivel próximo al mismo, son excepcionales y, en todo caso, de corta duración».

No obstante, existía un medio para que el sistema capitalista pudiese proporcionar el trabajo necesario. Existía un medio de poder superar los efectos paralizantes del capitalismo, es decir, el subconsumo y la superproducción, un medio capaz de garantizar que todo lo que se produjera podía venderse con beneficio.

Existía un remedio para ese mal endémico del capitalismo que es la depresión y la crisis: *LA GUERRA*.

A partir de 1929 se impuso la idea de que sólo preparando y dirigiendo una guerra podía funcionar el sistema capitalista de forma que garantizase el pleno empleo a hombres, materias primas, maquinaria y dinero.

7. Imperialismo y guerra

La industria monopolista en gran escala trajo consigo el mayor desarrollo de las fuerzas productivas que se había conocido hasta entonces. La capacidad de la industria para producir bienes aumentó a un ritmo más rápido que la capacidad del campo para consumirlos.

Ello significaba que había que hallar una salida para tales bienes fuera del propio país. *Era necesario* encontrar mercados extranjeros que absorbiesen las manufacturas excedentes. Pero, ¿cómo encontrarlos? Había una respuesta: las colonias.

Sin embargo, la necesidad de encontrar mercados para las manufacturas sobrantes era sólo una parte de las razones que explican la presión por la conquista de colonias. La producción masiva en gran escala requiere un amplio aprovisionamiento de materias primas. El caucho, el petróleo, los nitratos, el estaño, el cobre, el níquel y un sinnúmero de otros productos constituían una serie de materias primas imprescindibles para los capitalistas monopolistas de cualquier país, que necesitaban poseer o controlar sus fuentes de aprovisionamiento. Éste fue un segundo factor que contribuyó al desarrollo del imperialismo.

No obstante, más importante que cualquiera de estos motivos de presión, fue la necesidad de encontrar un mercado para otro tipo de excedente: el excedente de capital.

Fue ésta la causa fundamental del imperialismo.

La industria monopolista venía produciendo unos beneficios fabulosos a sus propietarios: unos superbeneficios. Una cantidad de dinero tal que sus mismos propietarios no sabían qué hacer con ella. Más dinero del que podían gastar. Más dinero del que podían colocar en inversiones rentables en su propio país. En pocas palabras, una superacumulación de capital.

Esta alianza de la industria y las finanzas en busca de beneficios en los mercados de bienes y de capital fue el origen del imperialismo. Tales eran los términos en que se expresaba J. A. Hobson, ya en 1902, cuando publicó su revelador estudio sobre este tema: «El imperialismo es el resultado del esfuerzo de los grandes amos de la industria para ampliar el cauce por el que discurre su exceso de riqueza, todo ello a través de la búsqueda de mercados e inversiones extranjeras para dar salida al capital y a los productos que no pueden vender o consumir en su propio país».

El trato aplicado a los pueblos coloniales varió según las diferentes épocas y lugares. Pero las atrocidades fueron del dominio general: ningún país imperialista podía decir que tenía las manos limpias. Leonard Woolf, un reconocido experto en este tema, llegó a escribir:

«Al igual que en la sociedad nacional europea han aparecido en el último siglo clases perfectamente definidas, capitalistas y obreros, explotadores y explotados, en la sociedad internacional han surgido también clases claramente delimitadas; las potencias imperialistas occidentales y las razas sojuzgadas de África y del Este; las unas, dominando y explotando; las otras, dominadas y explotadas».

Con los Estados Unidos ha ocurrido exactamente igual que con los demás países imperialistas. Los beneficios de las inversiones privadas iban a parar en su totalidad a los grupos financieros que las controlaban, pero la política del Gobierno, el dinero del Gobierno y las fuerzas del Gobierno se empleaban en hacer posible y en salvaguardar las fortunas privadas. El presidente Taft expresó con toda franqueza los vínculos existentes entre las necesidades de los monopolios capitalistas y la política del Gobierno:

«Si bien nuestra política exterior no ha de desviarse un solo ápice del recto sendero de la justicia, puede perfectamente incluir la intervención activa para garantizar nuestro comercio y las oportunidades de nuestros capitalistas de llevar a cabo inversiones rentables».

En el siglo xx, el capitalismo monopolista siguió desarrollándose en todas las grandes naciones industrializadas, y, con él, el problema de la utilización del capital y de los productos excedentes. Cuando los diferentes colosos que controlaban sus respectivos mercados nacionales coincidieron en los merca-

dos internacionales, se produjo, de inmediato, la competencia: una competencia larga, dura, encarnizada; y, seguidamente, los acuerdos, las asociaciones, los cárteles sobre una base internacional.

El hecho de que se lleven a cabo acuerdos entre estos enormes consorcios internacionales para repartirse el mercado mundial podría hacer pensar que la competencia debía desaparecer e iniciarse un período duradero de paz. Pero no ocurre así, ya que la correlación de fuerzas se ve sometida a un cambio constante. Unas empresas aumentan en extensión y en poderío, mientras que otras disminuyen. De esta forma, lo que en un principio constituye un reparto aceptable se convierte más tarde en desventajoso. Surge el descontento por parte del grupo más fuerte y se produce una lucha por conseguir una mayor participación. Cada gobierno se lanza en defensa de sus propios súbditos. El resultado inevitable es la guerra.

El imperialismo conduce a la guerra. Pero la guerra no arregla nada de forma permanente. Las hostilidades que ya no pueden resolverse mediante la negociación en torno a una mesa no desaparecen por el hecho de que en tal negociación se utilicen como argumentos potentes explosivos, bombas atómicas, seres inválidos y cadáveres mutilados.

No. La búsqueda de mercados debe continuar a todo trance. El capitalismo monopolista tiene que encontrar salida para sus excedentes de bienes y de capital, y, en tanto que continúe existiendo, seguirán entablándose nuevas guerras.

8. El Estado

La propiedad privada de los medios de producción representa una forma de propiedad de características especiales. Otorga a la clase poseedora el poder sobre la clase desposeída.

Permite a los propietarios, no sólo vivir sin trabajar, sino incluso determinar si los no propietarios pueden trabajar o no y en qué condiciones han de hacerlo. Establece unas relaciones de amo a criado, situando a la clase capitalista en la posición de dar órdenes y a la clase trabajadora en la de verse obligada a obedecerlas.

Existe pues, como es de suponer, un conflicto perpetuo entre las dos clases.

La clase capitalista, gracias a la explotación a que somete a la clase trabajadora, se ve ampliamente recompensada con la riqueza, el poder y el prestigio, mientras que la clase trabajadora es víctima de la inseguridad, la pobreza y unas condiciones miserables de vida.

Debe existir, pues, algún procedimiento que permita mantener un sistema de relaciones de propiedad tan ventajoso para los pocos y tan perjudicial para la mayoría. Tiene que existir algún organismo con suficientes poderes que se encargue de defender este sistema de dominación social y económica de la minoría privilegiada sobre la mayoría trabajadora. Este organismo existe: es el Estado.

La función del Estado consiste en proteger y mantener el sistema de relaciones de propiedad privada que permite a la clase capitalista dominar a la clase trabajadora.

La función del Estado consiste en defender el sistema de opresión de una clase por otra.

En el conflicto existente entre los que poseen la propiedad privada de los medios de producción y los que no la poseen, los primeros encuentran en el Estado un arma indispensable contra los segundos.

Se pretende hacernos creer que el Estado está por encima de las clases sociales, que el Gobierno representa a todo el pueblo,

a los ricos y a los pobres, a los de arriba y a los de abajo. Pero, en realidad, el hecho de que la sociedad capitalista se base en la propiedad privada determina que cualquier ataque a ésta haya de enfrentarse con la resistencia del Estado, que llegará hasta el extremo de la violencia si es necesario.

Por consiguiente, en tanto que existan las clases sociales, el Estado no puede estar por encima de ellas, sino que ha de estar del lado de la clase dirigente. El hecho de que el Estado sea un arma de la clase dirigente estaba fuera de duda, ya en 1776, para Adam Smith. En su famosa obra *La riqueza de las naciones*, Adam Smith afirmaba: «El gobierno civil, desde el mismo momento en que ha sido creado para mayor seguridad de la propiedad, ha sido creado en realidad para la defensa del rico contra el pobre, de los propietarios contra los que nada poseen.

La clase dirigente en el aspecto económico -es decir, la que posee los medios de producción- es también la clase dirigente en el aspecto político.

Es cierto que, en una democracia como los Estados Unidos, el pueblo vota a sus respectivos candidatos para determinados cargos políticos. Puede optar entre el demócrata Fulano o el republicano Mengano. Pero no se trata nunca de una opción entre un candidato situado a un lado de la guerra de clases y un candidato situado al otro lado. Apenas existe diferencia de fondo en la actitud adoptada por los candidatos de los principales partidos en lo que se refiere al sistema de relaciones de propiedad. Por el contrario, tales diferencias, que evidentemente existen, se refieren principalmente a pequeñas variaciones de énfasis o de detalle, y casi nunca a cuestiones de fondo.

Reducida la cuestión a sus términos esenciales, la libertad de poder escoger entre el demócrata Fulano o el republicano Mengano apenas significa para los trabajadores algo más que

la libertad de elegir cuál de los dos representantes de la clase capitalista será el que haga las leyes en el Congreso en interés de la propia clase capitalista.

Los vínculos que existen entre los hombres que hacen las leyes y aquellos en cuyo interés se hacen son tan estrechas que no puede existir duda alguna acerca de la relación que liga al Estado con la clase dominante. En el ánimo de uno de los más ilustres norteamericanos que han existido no cabía ninguna duda de que la clase dirigente en el aspecto económico era también la clase dirigente en el aspecto político:

Suponed que os trasladáis a Washington e intentáis hacer llegar vuestra opinión al Gobierno. Os encontraréis siempre con que, si bien se os escuchará con toda cortesía, los hombres a quienes realmente se consultará serán los que más tienen que perder, es decir, los grandes banqueros, los grandes fabricantes, los grandes propietarios del comercio, los dirigentes de las compañías de ferrocarriles y de las compañías navieras... Los amos del Gobierno norteamericano son los monopolios de capitalistas y de fabricantes de los Estados Unidos.

Esta reveladora afirmación fue publicada en 1913 en un libro escrito por Woodrow Wilson. Su autor se hallaba en perfectas condiciones para saber de lo que estaba hablando. En aquella época era nada menos que presidente de los Estados Unidos.

Llegados a este punto, se suscita la siguiente cuestión: si la maquinaria del Estado está controlada por la clase capitalista y funciona en su exclusivo interés, ¿cómo es posible que, en ocasiones, la legislación recoja determinadas leyes destinadas a regular y limitar el poder de los capitalistas?

Tal es lo que ocurrió, por ejemplo, durante la administración de Franklin D. Roosevelt. ¿Por qué?

El Estado actúa en favor de los desposeídos y en contra de los propietarios cuando se ve obligado a ello. Si cede en uno u otro aspecto parcial en conflicto, se debe a que la presión de la clase trabajadora es tan grande que *deben* hacerse concesiones si se quiere evitar que se ponga en peligro la «ley y el orden» o, lo que es todavía peor (desde el punto de vista de la clase dominante, por supuesto), que se produzca una revolución. Lo importante a tener en cuenta a este respecto es que, cualesquiera que sean las concesiones conquistadas en tales períodos, están circunscritas en el marco de las relaciones de propiedad existente. La estructura del sistema capitalista en sí permanece invariable. Todas las concesiones que se hacen lo son dentro de esta estructura. Los fines que mueven a la clase dominante consisten en ceder una parte a fin de conservar el todo.

Todas las mejoras conquistadas por la clase trabajadora durante la administración del presidente Roosevelt -y no cabe duda de que fueron numerosas- no alteraron el sistema de propiedad privada de los medios de producción. No produjeron el derrocamiento de una clase por otra. Al fallecer Roosevelt, los empresarios seguían ocupando sus puestos de siempre y los trabajadores los suyos.

Dado que el Estado es el instrumento mediante el cual una clase establece y mantiene su dominación sobre otra clase, no puede existir realmente una auténtica libertad para la mayoría oprimida. Podrá darse -según las circunstancias- un mayor o menor grado de libertad, pero, en última instancia, los conceptos de “libertad” y “Estado” no pueden coexistir en una sociedad de clases.

El Estado existe para poder imponer las decisiones de la clase que controla el Gobierno. En la sociedad capitalista, el Estado impone las decisiones de la clase capitalista. Tales decisiones

tienen por objeto mantener el sistema capitalista, en el que la clase obrera debe trabajar al servicio de los propietarios de los medios de producción.

Fin de la Primera Parte.

Segunda parte

Crítica del capitalismo

9. El capitalismo es ineficaz y despilfarrador de recursos

El aumento de la capacidad del hombre para producir debería haberse traducido en una abolición de las necesidades y de la pobreza. Sin embargo, no ha sido éste el resultado, ni siquiera en los Estados Unidos, el país capitalista más poderoso, más rico y más productivo del mundo.

En los Estados Unidos, al igual que ocurre en todos los demás países capitalistas, existe el hambre en medio de la opulencia, la escasez en medio de la abundancia, la indigencia en medio de la riqueza.

Tiene que haber por fuerza algo que no marcha bien en un sistema económico que se caracteriza por tales contradicciones.

Y existe algo que no marcha bien. El sistema capitalista es ineficaz y despilfarrador de recursos, irracional e injusto.

Es ineficaz y despilfarrador porque, incluso en los años en que funciona a la máxima potencia, una quinta parte de su mecanismo productivo permanece sin utilizar.

Es ineficaz y despilfarrador de recursos porque sufre crisis periódicas, y, cuando esto ocurre, ya no es sólo la quinta parte, sino incluso la mitad de la capacidad productiva la que permanece ociosa. Según la Brookings Institution, *«en el punto más elevado del período de expansión y prosperidad, el total de capacidad no utilizada fue, expresado en términos generales, aproximadamente del 20 por ciento. En los períodos de depre-*

sión, dicho porcentaje sufre un enorme incremento, hasta alcanzar un 50 por ciento en la actual (1930) depresión».

Es ineficaz y despilfarrador de recursos porque no es capaz de suministrar una ocupación útil a todos aquellos que deseen trabajar, al tiempo que permite que miles de personas capacitadas física e intelectualmente vivan del trabajo ajeno.

Es ineficaz y despilfarrador en el empleo de un sinnúmero de agentes de publicidad, agentes comerciales, representantes, promotores de ventas y otros similares, destinados, no a la producción y distribución de bienes, como sería lógico, sino a una insensata competencia para arrebatarse los clientes entre sí, de forma que éstos compren una mercancía a la Compañía A en lugar de adquirir esa misma mercancía a la Compañía B o alas Compañías C, D, E o F.

Es ineficaz y despilfarrador de recursos al destinar una gran parte de éstos y de los hombres a la producción de los artículos de lujo más extravagantes, al tiempo que renuncia a producir muchos bienes de auténtica necesidad para la vida de todos.

Es ineficaz y despilfarrador de recursos, ya que, al perseguir, ante todo, el aumento de precios y la rentabilidad en lugar de la satisfacción de las necesidades humanas, permite la destrucción deliberada de cosechas y bienes de todo tipo.

Por último, es ineficaz y despilfarrador de recursos, porque conduce periódicamente a la guerra, ese mal diabólico que destruye sin piedad todo lo que de bueno hay en la vida, y la vida misma.

Esta ineficacia y este despilfarro no son un simple abuso susceptible de corregirse, sino que constituyen una parte consustancial del sistema capitalista, que continuará indefectiblemente en tanto perdure el sistema.

Durante la depresión que tuvo lugar en los Estados Unidos en la década de los treinta, hubo años en que la cuarta parte de los trabajadores en condiciones de trabajar y deseosos de hacerlo no podían encontrar empleo, viéndose sumidos en la miseria, dependiendo del seguro de desempleo o colocándose en los trabajos de obras públicas emprendidos por el Gobierno para mitigar el paro. Hombres, mujeres y niños se apiñaban en largas colas en todas las ciudades. La magnitud de semejante derroche de fuerza de trabajo queda esbozada en la siguiente imagen que deberíamos retener para siempre en nuestra memoria:

“Si los once millones de hombres y mujeres sin trabajo se alinearan en fila india de forma que cada uno de ellos, con el brazo extendido, apoyase la mano sobre el hombro del que tiene delante, dicha cola se extendería nada menos que desde Nueva York hasta San Francisco, pasando por Chicago, San Luis y Salt Lake City. Y no es eso todo, sino que, dando la vuelta, regresaría al punto de partida: es decir, ocuparía dos veces la anchura de todo el continente americano”.

Y mientras todos estos millones de seres humanos miserables necesitaban imperiosamente una oportunidad de hacer valer su talento y sus energías a fin de poder afrontar las más vitales necesidades, otros hombres y mujeres más favorecidos, que nunca habían sabido ni tenían ganas de saber lo que era el trabajo, vivían rodeados de lujo y comodidades por el mero hecho de ser los propietarios de los medios de producción. Y si podían vivir en una descarada ociosidad era porque el sistema capitalista está hecho de forma que les permitía percibir ingresos por el mero hecho de ser propietarios de acciones en empresas de las que, en muchas ocasiones, ni siquiera habían oído hablar. La pobreza de la mayoría que quería un trabajo y no podía encontrarlo se volvía doblemente humillante en razón de la riqueza de una minoría que percibía dividendos sin necesidad de trabajar.

Enfrentado a la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia, el sistema capitalista descubre un plan para zanjar el problema. Dicho plan consiste sencillamente en suprimir la abundancia.

Esta aparente insensatez no es tan descabellada, tratándose del sistema capitalista, como pudiera parecer en un principio. En un sistema económico cuyo fin no consiste en suministrar al pueblo las patatas, el café, la leche y la fruta que necesita, sino, única y exclusivamente, en conseguir los precios y los beneficios más elevados posible, la restricción de la oferta constituye a veces la forma de alcanzar su objetivo. Pero ello no justifica los medios empleados; únicamente viene a confirmar que el sistema capitalista es, por su propia naturaleza, ineficaz y derrochador de recursos.

El mayor despilfarro del capitalismo es la guerra.

La plena producción de bienes, que al sistema capitalista no le es posible alcanzar durante las épocas de paz, se logra, en cambio, con la guerra. Entonces y sólo entonces puede el sistema capitalista resolver el problema del pleno empleo de hombres, materias primas, maquinaria y dinero.

¿Con qué fin? Con el de una destrucción total. La destrucción de los sueños, esperanzas y vidas de millones de seres humanos; la destrucción de miles de escuelas, hospitales, fábricas, ferrocarriles, puentes, puertos, minas, centrales eléctricas; la destrucción de miles y miles de kilómetros cuadrados de cultivos y de bosques.

No puede llevarse un registro contable de las agonías de los heridos, los sufrimientos de los inválidos y mutilados, la ausencia de los muertos. Pero sí podemos saber cuánto cuesta una guerra en términos de dinero. Sí podemos saber la magnitud del despilfarro, medida en dólares y centavos. Y esta imagen de-

muestra de forma diáfana como el cristal que el mayor despilfarro del capitalismo es la guerra.

La primera guerra mundial costó 200.000 millones de dólares. En 1935, los autores de *Rich man, poor man* [«Rico y pobre»] idearon un término comparativo de medición que es el siguiente: «Esta cifra bastaría para suministrar una casa de 3.000 dólares [en dinero de antes de la inflación] y un terreno a todas las familias de los Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Francia, Austria, Hungría, Alemania e Italia.

“Asimismo, con ese dinero, podría funcionar la totalidad de los hospitales de los Estados Unidos durante 200 años. Podrían pagarse todos los gastos de las escuelas públicas norteamericanas durante 80 años. O, dicho de otra forma, suponiendo que 2.150 obreros trabajasen durante 40 años con un salario anual de 2.500 dólares cada uno, sus ingresos totales al cabo de este tiempo serían suficientes para costear... ¡un solo día de la guerra mundial!»

El coste de la segunda guerra mundial fue *cinco veces* superior.

Nada ilustra, mejor que la guerra, el despilfarro que supone el sistema capitalista.

10. El capitalismo es irracional

El sistema capitalista es irracional.

Se basa en la premisa de que el propio interés de los hombres de negocios es suficiente para garantizar el beneficio de la nación; que con sólo asegurar plena libertad a cada individuo para que obtenga todos los beneficios posibles, el conjunto de la sociedad sale favorecido; que la mejor forma de que funcione el sistema consiste en permitir que los capitalistas obtengan los

máximos beneficios, y que entonces, como un resultado secundario de dicho proceso, se satisfarán las necesidades de la gente.

Estas afirmaciones no son ciertas; en cualquier caso, no lo son siempre. Y, a medida que el monopolio sustituye a la competencia, van siendo cada vez menos ciertas. El interés de quienes no buscan más que su beneficio puede coincidir o no con los intereses de la sociedad. En la práctica, ambos intereses suelen chocar.

El sistema capitalista es irracional porque, en lugar de basar la producción en las necesidades de todos, la basa en los beneficios de unos pocos.

El sistema capitalista es irracional porque, en lugar de utilizar el método más lógico y razonable para someter directamente la producción a las necesidades, se vale del método indirecto de someterla a los beneficios, con la vaga esperanza de que de alguna forma se satisfarán las necesidades.

Ello es tan ilógico y absurdo como ir de Madrid a París pasando por el Polo Sur, en lugar de servirse del camino directo.

Por otra parte, el hecho mismo de que un puñado de capitalistas cuya única mira es su propio interés tenga poder para decidir si han de satisfacerse o no las necesidades del país y, en todo caso, a qué precio, suscita una cuestión íntimamente relacionada con el concepto de democracia. No es exagerado pensar que allí donde el pueblo no puede controlar el sistema económico en su propio interés, la democracia económica se ve suplantada por la dictadura económica.

Tal dictadura económica, que tan peligrosa es para el país en épocas de paz, puede convertirse en una auténtica amenaza para su propia existencia en épocas de guerra. Sin pararse a pensar por un momento en la gravedad de la crisis que pueden desencadenar, los dictadores económicos insisten en que sus beneficios

tienen más importancia que el propio deber, y se hallan en una situación que les permite hacer pagar al país cualquier precio. No es ésta una acusación sin fundamento, pues se ve plenamente confirmada por la experiencia de los Estados Unidos en la primera y en la segunda guerra mundial. Un informe del Comité Nacional Provisional para Asuntos Económicos nos lo explica de la siguiente forma:

Hablando sin rodeos, el Gobierno y el pueblo se ven «con el agua al cuello» cada vez que han de tratar con el mundo de los negocios en épocas de guerra o de crisis en general. Los capitalistas se niegan a que el sistema funcione a no ser en los términos por ellos impuestos. Son ellos quienes controlan los recursos naturales, los medios de financiación, una posición estratégica en la estructura económica del país, el equipo fijo y los conocimientos técnicos.

La experiencia de la [primera] guerra mundial -experiencia que, a todas luces, estamos viviendo de nuevo en estos momentos- señala que el mundo de los negocios sólo hará uso de dicho control si recibe a cambio una “compensación adecuada” y esto no es más que un «chantaje» apenas disfrazado... Ante semejante situación se plantea la cuestión siguiente: ¿Cuál es el precio del patriotismo?

La misma irracionalidad del sistema queda patente desde el momento en que permite que los intereses del mundo de los negocios, en su afán de lucro, puedan cerrar el paso a la conquista de la naturaleza en beneficio de la colectividad. Casi todos los años, al llegar la primavera, el río Ohio se desborda, causando la muerte de gran número de personas y destruyendo propiedades por valor de millones de dólares. Las cosechas se ven arruinadas, las casas arrancadas de sus cimientos y destrozadas, y las ciudades inundadas. Y, sin embargo, esto no tendría por qué

ocurrir. El potente río puede ser dominado, su impetuosa energía amansada, compensadas sus fluctuaciones estacionales de forma que pueda disponerse de un sistema seguro de navegación a lo largo de todo el año, y salvarse las tierras que se ven parcial o totalmente destruidas por la erosión.

Disponemos del procedimiento para hacerlo. Puede, pues, llevarse a cabo. Y, de hecho, así ha ocurrido con la T.V.A.

¿Por qué, entonces, no se lleva a cabo? ¿Por qué la T.V.A. -la experiencia más afortunada de planificación regional que se ha conocido en los Estados Unidos- no se repite con una O.V.A. -*Ohio Valley Authority*- o con una M.V.A. -*Missouri Valley Authority*?

¿Por qué? Porque el sistema capitalista es irracional. El turbulento río ha de repetir año tras año su furia desatada, dejando tras de sí una estela de muerte y destrucción, porque la canalización de su corriente mediante represas, el desarrollo de energía, el sistema de navegación, la conservación del suelo, y, en fin, todo aquello que podría llevar a cabo la O.V.A. en beneficio de la mayoría, recortaría los beneficios de las compañías de servicios públicos, de las compañías de carbón y de los ferrocarriles. Tales intereses privados lucharon contra el desarrollo de la producción de energía y del transporte económico de agua en la T.V.A., y *siguen* combatiéndolo en todas aquellas regiones donde puede haber un proyecto semejante. He aquí una prueba más de lo absurda que resulta la premisa fundamental del capitalismo, que sostiene que los intereses privados coinciden necesariamente con el bienestar público.

En ningún aspecto resulta tan evidente la irracionalidad del sistema capitalista como en su falta de planificación. En el interior de cada empresa existe el método, la organización, la planificación; pero cuando se trata de la relación entre una empresa

y otra, ya no existe método, ni organización, ni planificación, sino únicamente anarquía.

El bienestar económico de un país no se logra -afirman los capitalistas- con una cuidadosa planificación a todos los niveles, sino permitiendo que los capitalistas privados decidan lo que es mejor para cada uno de ellos, con la esperanza de que la suma de todas estas decisiones individuales dé como resultado el bienestar de la colectividad.

Es ésta una afirmación que carece totalmente de sentido.

El sistema capitalista es irracional, asimismo, por la división que establece de la población en dos clases en lucha. En lugar de «una nación indivisible con libertad y justicia para todos»,¹ el capitalismo, en virtud de su propia naturaleza, crea dos naciones, divisibles, con libertad y justicia para una clase y no para la otra. En vez de comunidad unida, con el pueblo conviviendo en fraternidad y amistad, el sistema capitalista contribuye a establecer una comunidad desunida en la que la clase trabajadora y la clase propietaria se ven impulsadas necesariamente a luchar una contra otra por una mayor participación en la renta nacional.

Los ingresos de la clase propietaria, es decir, los beneficios, son considerados como algo positivo, ya que el objetivo de la industria es precisamente obtener beneficios; por el contrario, los ingresos de la clase trabajadora, o sea los salarios, son considerados como algo negativo, pues recortan los beneficios. A pesar de toda la verborrea empleada en ensalzar la «teoría de los salarios elevados», éste es el meollo de la cuestión. Los beneficios son estimados como un bien positivo que ha de ampliarse

¹ Célebres palabras del juramento a la bandera. El texto íntegro es el siguiente: Juro lealtad a la bandera de los Estados Unidos de América y a la República a la que representa, una nación bajo el poder de Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos» (N. del T.).

todo lo posible; los salarios son catalogados cómo un mal positivo que ha de ser reducido al mínimo posible, a fin de que los costes de producción sean bajos.

De ello se deduce la incapacidad por parte de los trabajadores para adquirir los bienes que ellos mismos producen, lo que lleva a la crisis y la depresión, colapsos periódicos del sistema. ¿Puede haber un sistema económico más irracional?

Otra irracionalidad que se desprende de este énfasis en la obtención de beneficios como motivo fundamental para el desarrollo de la industria es la confusión que crea en el sistema de valores en que vive el hombre.

¿Cuál es la norma de conducta que rige la sociedad capitalista? Ello depende.

En el mundo de los negocios, la competencia, el egoísmo, el trato de pillo a pillo, el despellejar al prójimo, el hundir al rival, todo es válido con tal de salirse con la suya; poco importa lo que vaya a hacerse con lo que se haya obtenido: lo importante es dedicar todo el tiempo y las energías a perseguir febrilmente la riqueza; cuanto más dinero se amase, mayor es el éxito, sin tener en cuenta cómo se ha adquirido.

En el mundo de la familia y de los amigos, en el mundo de la religión, prevalecen otros valores. En lugar de la competencia, la cooperación; en lugar del odio, el amor; en lugar de la lucha despiadada por uno mismo, la dedicación a los demás; en lugar de abrirse camino a codazos, la ayuda al prójimo; en lugar del «¿cuánto voy a sacar de esto?», el «¿va a beneficiar esto a los que me rodean?»; en lugar de la codicia por amontonar riqueza, el deseo de servir a los demás.

Dos sistemas de valores tan opuestos entre sí como el día y la noche.

11. El capitalismo es injusto

El sistema capitalista es injusto.

Tiene que ser forzosamente injusto porque los cimientos en que se basa son los de la desigualdad.

Todo lo bueno que ofrece la vida se dirige, en una corriente sin fin, hacia la pequeña y privilegiada clase de los ricos, mientras que el sino de la numerosa clase de los pobres carentes de todo privilegio es una aterradora inseguridad, una miseria degradante y la desigualdad de oportunidades.

Ése es uno de los resultados de la propiedad privada de los medios de producción, que constituye la base del sistema capitalista. Otro resultado importante es la diferencia de libertad personal entre quienes poseen y quienes no poseen los medios de producción.

El trabajador, en teoría, es un ser «libre» que puede hacer cuanto guste. De hecho, sin embargo, su libertad está severamente limitada. Sólo es libre de aceptar las despóticas condiciones que le ofrece el patrón, o bien, morir de hambre.

Como señaló el presidente Roosevelt en el mensaje dirigido al Congreso el 11 de enero de 1944, «un hombre necesitado no es un hombre libre».

La estructura misma del sistema capitalista determina que la inmensa mayoría del pueblo esté compuesta de «hombres necesitadas», y, por lo tanto, de hombres que no son libres. Hombres que no poseen otra cosa que sus brazos; hombres que deben comer hoy lo que ganaron la víspera; hombres a quienes, a los 40 años, se les considera «demasiado viejos» para trabajar en la gran industria; hombres, en fin, sobre los que pende continuamente la terrible amenaza de perder su trabajo.

Otra de las injusticias del sistema capitalista consiste en que tolera la existencia de una clase parásita que, lejos de sentirse avergonzada de vivir sin trabajar, está orgullosa prácticamente de ello. Los apologistas del sistema capitalista sostienen que, aunque tales parásitos estén ociosos, su dinero no lo está, y que el tributo que extraen de quienes trabajan es la recompensa por el «riesgo» que corren. Y, en determinada medida, esto es cierto: existe, efectivamente, esa posibilidad de que pierdan su dinero.

Sin embargo, mientras ellos arriesgan su dinero, los trabajadores arriesgan sus vidas. ¿Qué magnitud tiene el riesgo que corren los trabajadores? Las cifras a este respecto son abrumadoras. *«El número de obreros muertos y accidentados en el trabajo en nuestras fábricas durante la guerra superó ampliamente la cifra de bajas sufridas en los frentes de batalla.»*

En 1946, cada media hora, durante las 24 horas del día y los siete días de la semana, fallecía un obrero norteamericano en accidente de trabajo.

Cada 17 segundos y medio se veía accidentado un obrero norteamericano.

¿Quién es el que corre realmente riesgos en la industria?

Y ¿cuál es la recompensa que obtienen los trabajadores por los riesgos que corren?

He aquí un ejemplo específico, típico de la industria capitalista.

En 1946, la representación sindical de los trabajadores de los astilleros en la Bethlehem Steel Company conquistó, a través de su lucha, un aumento salarial del 15 por ciento, lo que significó una elevación de 1,04 dólares por hora en el salario mínimo de la rama.

Ello equivalía a un aumento de 41,60 dólares a la semana o de 2.163,20 dólares al año.

En 1946, los ejecutivos de la Bethlehem obtuvieron una elevación de un 46 por ciento en sus sueldos. J. M. Larkin, vicepresidente de la Bethlehem, que había insistido reiteradamente en que era preciso reducir los incentivos a los trabajadores, recibió una gratificación de 38.764 dólares, aparte de su sueldo de 138.416 dólares.

Ello suponía 177.180 dólares al año, 3.407,30 a la semana, u 85,18 la hora.

El señor Larkin percibió, *cada semana*, más de una vez y media lo que recibieron *en un año* los obreros que cobraban el salario mínimo en esa empresa.

El señor Larkin percibió *cada hora* más del doble de lo que ganaban sus obreros *en una serrana*.

Sin embargo, por grandes que hayan sido los ingresos del señor Larkin en comparación con los de sus obreros, tenían al menos el mérito de que habían sido ganados por él mismo.

Es decir, el señor Larkin había llevado a cabo una función necesaria y, por lo tanto, tenía un derecho moral legítimo a lo que percibía. Pero, ¿qué derecho moral a la propiedad pueden esgrimir quienes heredan una fortuna sin dar golpe en toda su vida?

Hablemos claro sobre el significado de la institución de la herencia en el sistema capitalista. Cuando alguien hereda un millón de dólares, no sucede como cuando se tiene una fortuna y se va usando de ella hasta agotarla por completo. No se trata de eso, ni mucho menos.

El millón de dólares reviste, en la generalidad de los casos, la forma de acciones u obligaciones de sociedades industriales o

bancarias. Algunas de estas acciones rentan un dividendo del 8 por ciento anual; otras, de un 2 por ciento, etcétera. Supongamos que la rentabilidad media es del 4 por ciento. Ello significa que, por el mero hecho de poseer tales acciones, se obtiene un ingreso anual de 40.000 dólares.

De toda la riqueza producida en el país a lo largo del año, 40.000 dólares van a parar a los bolsillos del propietario. Éste gasta los 40.000 dólares ese año, y de nuevo al año siguiente, y así sucesivamente. Si al cabo de veinte años muere, su hijo hereda su fortuna y dispone entonces de 40.000 dólares anuales para gastar. Y, después de él, su hijo. Y así sucesivamente. ¡ Y, tras haber transcurrido varias generaciones gastando 40.000 dólares todos los años, el millón de dólares permanece intacto! ¿Quién había dicho que no podía comerse la tarta y conservarla íntegra al mismo tiempo?

Ni el individuo en cuestión, ni su hijo, ni su nieto, han tenido nunca que mancharse las manos trabajando. El hecho de poseer los medios de producción les ha permitido vivir como parásitos a costa del trabajo de los demás.

Otra irritante injusticia del sistema capitalista es la falta de igualdad de oportunidades.

Al mismo tiempo que nace un niño en casa de un millonario, nace otro en casa de un trabajador que gana 2.000 dólares al año. ¿Pueden compararse la alimentación, el vestido y la seguridad que reciben uno y otro? ¿Son iguales para ambos la asistencia médica, el tipo de diversiones y la enseñanza?

No puede responderse que «los Estados Unidos son el país de las grandes oportunidades y que si el hijo del obrero tiene suficiente aptitud puede llegar hasta donde se proponga. La aptitud cuenta mucho, pero el nacimiento, la posición social y la cantidad de dinero que se posea cuentan mucho más. Ello no

significa que, con aptitud, esfuerzo y suerte, el pobre no pueda llegar a ser rico. De hecho, esta posibilidad está a su alcance. Pero las oportunidades de los pobres como clase para mejorar su condición han sido siempre muy reducidas, y cada vez lo son más.

Donde no existen oportunidades, las aptitudes de cada uno no bastan. Y, realmente, no existen oportunidades.

He aquí lo que afirmaba hace algunos años el juez del Tribunal Supremo, Jackson, a los miembros de la Asociación Norteamericana de Ciencias Políticas:

«La verdadera lacra de nuestro sistema de empresa privada hoy día es que ha destruido el espíritu emprendedor, que no ofrece verdaderas oportunidades para que muchos de los hombres más capacitados puedan abrirse camino...: el ideal de que con la simple aptitud pueda uno llegar hasta donde se proponga, raras veces es cierto... Los padres trabajan y ahorran para poder dar una educación elemental a sus hijos, y cuando éstos han terminado dicha educación se encuentran con que no existe otro camino para ellos que el escalar los primeros peldaños de la interminable escalera de unas cuantas empresas gigantescas dominadas por las sesenta principales familias de los Estados Unidos».*

A propósito de la situación en que se halla la educación en este país, el presidente Johnson afirmaba en 1965:

Cuántas vidas jóvenes se han desperdiciado; cuántas familias viven hoy día en la miseria; cuántos talentos ha dejado perder este poderoso país por el hecho de que los Estados Unidos no han conseguido dar a todos nuestros hijos la oportunidad de disfrutar de una educación...

El año pasado, uno de cada tres de nuestros reclutas fue dado por inútil para el servicio activo porque no sabía leer ni escribir

al nivel que correspondería al octavo año... Y en los momentos en que hablo... 54 millones de personas aproximadamente no han podido terminar la enseñanza elemental. Esto es un desperdicio impresionante de recursos humanos.

La falta de igualdad de oportunidades en la educación va incluso más lejos. La Comisión Presidencial de Educación Superior informaba en 1947:

«Una de las acusaciones más graves que pueden hacerse a la sociedad norteamericana es la de su fracaso en proporcionar una razonable igualdad de oportunidades de educación a su juventud. Para la inmensa mayoría de nuestros jóvenes de ambos sexos, el grado y la calidad de la educación a que pueden aspirar no dependen de sus propias aptitudes, sino de la familia o de la comunidad en que hayan tenido la suerte de nacer, o, lo que es peor, del color de su piel o de la religión de sus padres».

El «color de su piel» significa el hecho de ser negro o blanco, y la calidad de la educación a que pueden acceder los negros queda patente en un sinnúmero de estadísticas. A continuación figuran dos hechos altamente significativos, extraídos de un informe publicado en 1967 por la Oficina del Censo y por la Oficina de Estadísticas Laborales bajo el título de *Condiciones sociales y económicas de los negros en los Estados Unidos*:

«El nivel medio de preparación de los niños negros al terminar el Bachillerato viene a ser el que alcanzan los blancos al cursar el noveno año [...] En 1963, sólo un 7 por ciento de los negros comprendidos entre los 25 y los 34 años han terminado sus estudios universitarios, mientras que, para los blancos comprendidos en esta edad, la proporción es del 14 por ciento».

Si alguien nace con la piel negra, no sólo su educación será más limitada, sino que será más fácil que muera al nacer, sus enfermedades tendrán más probabilidades de terminar trágica-

mente, su promedio de años de vida será más reducido, la casa en que habita será de inferior calidad, sus oportunidades de encontrar trabajo y de conservarlo serán menores y sus ingresos serán más bajos. En 1966, los ingresos medios de las familias negras -auténtica población colonial dentro de las propias fronteras de los Estados Unidos alcanzaron sólo el 60 por ciento de los correspondientes a las familias blancas.

En un sistema en el que el motivo fundamental que rige la producción de bienes es la obtención de beneficios, es inevitable que al beneficio mismo se le considere como lo decisivo, más importante incluso que la propia vida. Y es así como ocurre en la práctica. En la sociedad capitalista no es extraño que al dinero se le otorgue más valor que a los seres humanos.

Los cuerpos de los 111 hombres que perecieron en la explosión que tuvo lugar en la mina Centraha el 25 de marzo de 1947 son un cruel testimonio de esta afirmación.

Esos 111 hombres no tenían por qué haber muerto.

La compañía sabía que la mina carecía de condiciones de seguridad, porque tanto los inspectores Federales como los del Estado habían redactado informe tras informe advirtiéndoselo.

Dwight Green, gobernador del Estado de Illinois, también sabía que la mina carecía de condiciones de seguridad.

Estaba al corriente de ello porque el 9 de marzo de 1946 había recibido una carta de los dirigentes de la Sección 52 del Sindicato Local de Mineros Unidos, en la que éstos, a petición de sus compañeros, se dirigían a él en los siguientes términos: «Señor gobernador, le suplicamos encarecidamente que tenga a bien salvar nuestras vidas, que tenga a bien hacer que el Departamento de Minas y Minerales obligue a que se cumpla la legislación en el pozo número 5 de la compañía de carbón Centraha... antes de que nos pase que tengamos una explosión de grisú en

esta mina como ya ha ocurrido en Kentucky y en Virginia occidental...».

Un año más tarde, tres de los cuatro hombres que firmaban dicha carta habían perecido, víctimas de la explosión de la que habían pedido al gobernador que les salvase.

Una comisión de investigación del Estado -después que tuvo lugar la explosión- preguntó a William H. Brown, superintendente de la mina, por qué la compañía no había instalado un sistema de extinción de incendios.

Su respuesta fue:

«Francamente, pensamos que no era económicamente rentable para nuestra mina».

«¿Quiere usted decir que no estaban dispuestos a soportar ese gasto?», preguntó la comisión.

«Exacto», replicó Brown.

La bolsa o la vida. Y ganó la bolsa.

12. El capitalismo está llamado a desaparecer

El sistema capitalista no sólo es ineficaz y despilfarrador, irracional e injusto; está, además, en plena descomposición. En los momentos de crisis, el sistema se derrumba hasta tal extremo que la sociedad, en lugar de obtener los alimentos, el vestido y la vivienda de los trabajadores que en ella conviven, se ve obligada a asumir la tarea de alimentar, vestir y dar cobijo a los obreros sin trabajo, mediante subsidios de paro, albergues públicos, la iniciación de obras a cargo del Estado para dar trabajo a los parados, y otros sistemas semejantes.

Si el sistema no frenase la producción más que en los períodos de crisis, podría sostenerse que el capitalismo sólo impedía el desarrollo de las fuerzas productivas temporalmente, y no de

forma definitiva. Pero no es ése el caso. El profesor Schlichter, de la Escuela Superior de Ciencias Comerciales de Harvard, afirma a este respecto:

«Sin embargo, la incapacidad de la industria para producir a pleno rendimiento no aparece tan sólo en las épocas de depresión. Bajo la actual situación económica, la mayor parte de las empresas debe reducir normalmente su producción a fin de mantener su solvencia».

A pesar del enorme tributo en vidas humanas y en pérdidas económicas que supone la guerra, los países capitalistas prosiguen su carrera hacia la misma; poco importa que se ponga en peligro la estabilidad del sistema, o que exista la posibilidad real de aniquilación de la raza humana: el capitalismo, apenas ha terminado una guerra, está ya preparando la siguiente.

En realidad, no tiene otra alternativa. Las contradicciones que le minan le fuerzan a funcionar por debajo de su capacidad productiva en las épocas de paz: sólo mediante la guerra o la preparación de la guerra puede producir a pleno rendimiento. No puede sobrevivir, sino preparando las armas que han de causar su propia muerte.

El capitalismo está maduro para el cambio.

Pero el nuevo sistema no puede ser hecho «de encargo». Ha de surgir del sistema que le precede, al igual que el capitalismo surgió del feudalismo. En el seno mismo del desarrollo de la sociedad capitalista debemos buscar los gérmenes del nuevo sistema social. Y no hemos de buscar lejos. El capitalismo ha transformado la producción, que, de ser un proceso individual, se ha convertido en un proceso colectivo. Antiguamente los bienes eran producidos por artesanos individuales que trabajaban con sus propias herramientas y en sus propios talleres; hoy día, los productos son fabricados por miles de operarios que hacen

funcionar conjuntamente complicadas maquinarias en unas fábricas gigantescas.

Este proceso va haciéndose cada vez más social, con cada vez mayor número de operarios trabajando juntos, en fábricas cada vez mayores.

En la sociedad capitalista, los bienes son manejados colectivamente y producidos colectivamente, pero, en cambio, no son poseídos colectivamente por quienes los producen. Quienes manejan la maquinaria no la poseen, y quienes sí la poseen no la manejan.

Aquí radica la contradicción fundamental de la sociedad capitalista: en el hecho de que, mientras que la producción es social, el resultado del esfuerzo y el trabajo colectivos, es decir, la apropiación de la misma, es privada e individual. Los productos, obtenidos socialmente, no son poseídos por los productores, sino por los propietarios de los medios de producción, o sea los capitalistas.

La solución es bien simple: ligar la socialización de la producción con la propiedad social de los medios de producción. La forma de resolver el conflicto entre producción social y apropiación privada consiste en llevar el desarrollo del proceso capitalista de producción social hasta su conclusión lógica: la propiedad social.

La mayor parte de los negocios que existen hoy día en los Estados Unidos son llevados a cabo por sociedades en las que los propietarios poseen las acciones y perciben los beneficios, pero el trabajo de dirección de la empresa es realizado por ejecutivos a sueldo. Como quiera que se mire, los propietarios de tales sociedades tienen muy poco o nada que ver con la dirección de las mismas. La propiedad, que antaño tenía razón de existencia, se ha convertido ya en parásita. Los capitalistas, co-

mo clase ya no son necesarios. Si se les enviara a la Luna, la producción no tendría que detenerse ni un solo minuto.

La propiedad privada de los medios de producción y su motor, el beneficio, están sentenciados a muerte. El capitalismo ha sobrevivido a su propia utilidad.

Su lugar debe ser ocupado por un nuevo orden social: el socialismo.

FIN